

LAS MUJERES Y MONTEVIDEO

ELINA BERRO

ERA viernes y había terminado con mi nota que, esta vez, estaba inspirada en el color morado de mis piernas, mal defendidas del frío por la linda transparencia de las medias de nylon. Comentaba un hecho algo desconcertante: en Montevideo las mujeres usan pantalones en el verano a toda hora y por todos lados y no quieren usarlos en el invierno, cuando realmente se justificarían, porque dicen que "llaman la atención". Me hizo gracia pensar en esos prejuicios que se derriten con el calor y en defensa de los pantalones femeninos, por lo menos cuando haya el termómetro y no cuando sube. Pero cayó en mis manos un artículo de Carlos Maggi titulado "Pensando en ellas" y leerlo y tirar el mío al canasto fue todo uno. Aunque en realidad Maggi no alude directamente a los pantalones que ahora usamos las mujeres, me asustó contribuir con mi granito de arena a lo que pudiera llamarse: "la montaña de desechos femeninos".

Según Maggi la humanidad se encamina hacia la destrucción o anulación de las mujeres. Recomienda por retortas, por fórmulas químicas, por su propia identificación con los hombres, las mujeres dentro de poco "serán algo así como mutilados de la guerra de la procreación".

Confieso que vacilé entre la indignación y el horror. Me decidí por el horror y consideré la posibilidad de que Maggi tuviese razón —no demasiada porque es hombre— y acaso esto de usar pantalones no fuera, entre otros, un síntoma de nuestra inminente decadencia.

En principio estoy de acuerdo con Maggi en que resulta muchísimo más agradable "que los hombres mueran en el trabajo, en el riesgo, en la melancolía, mientras ellas (es decir: nosotras) comen bombones o mejoran la posición de una cinta en el escote..."

Es tentador, hay que admitirlo. Pero ya instalada en un *boudoir* imaginario, sabiamente entretenida en sutilísimos circunloquios sentimentales, sólo preocupada por el envío de aquellas cartas o el recibo de estas flores, una idea turbó mi encantadora imagen. Píra que las mujeres podamos estar sin hacer nada, atentas únicamente a

Pensando en ellos

cuidar la frágil asiduidad masculina, hay que contar con lo que otras mujeres hagan. Inútil dedicarse al amor, a los oráculos, al inhuido sacerdocio del hogar, si no se tiene quien prepare manjares propicios, limpie los templos y sacuda los almohadones de plumas donde las sacerdotisas se dedicarán a Eros en la calma, el lujo y la voluptuosidad que los poetas aconsejan.

Esas mujeres flacas, mal vestidas y con cara de cansadas no podrán atender a los hombres de igual modo. Los recibirán de mal humor, sin tiempo, ni ánimo para un amor que para ellas es el equivalente a pañales que lavar, eternas sopas y cojehones húmedos. El hombre así ahuyentado se va a hacer la guerra, se dedica a investigar la vida de los átomos, a explorar los confines del planeta, a fabricar mujeres que no rezonguen. Tan desgraciadas se sienten, tal desamparo reflejan que acaban por comunicar a los hombres un sentimiento de culpa terrible. Pero, nuevo eslabón de una cadena viciosa, el hombre transmite este complejo de culpa a las mujeres ociosas y atractivas impudicéntes comprar con entusiasmos carísimos frascos de perfume o envolverse en gasas, drapados por Dior al pensar en los países subdesarrollados, en los hombres que trabajan en las minas, en los niños muertos de hambre alineados por los caminos del mundo.

Y por haber llegado a tener conciencia de esta situación, por tratar de ayudar al hombre a nivelar las injusticias, cambiando el *boudoir* por la oficina, hete aquí que estamos condenadas a desaparecer todas, patéticamente femeninas con nuestros pantalones puestos. Justo cuando hablamos, blancas y negras, aprendido a leer, a dejar de ser costosamente frívolas, y la causa de guerras y catástrofes, deciden suprimirnos. ¿Qué podemos hacer?

Me pregunto si alcanzaré a conjurar mi horrible suerte comiendo un chocolate. Quemaré en auto de fe mis pantalones de lana. Voy a acomodarme en el escote la cinta de la máquina de escribir. Pero que no venga ningún hombre a hablarme de Cuba, por ejemplo. Ni del hambre en la India. Ni de nada.

Compre

para usted y para regalar, marcas de prestigio y calidad, respaldados, además, por un nombre que es todo una garantía

SHARZEN'S
SCRIBTO
KOPEGRAPH
PARER

CONTACTO

LA CASA DE LAS LAPIERAS PUENTE

BRUZZONE

SARANDI 659 y BME MITRE

- ARREGLOS
- REPUESTOS LEGÍTIMOS
- SERVICIO ESPECIALIZADO